

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

14 de marzo de 1891

Núm. 176



INDIANOS DEL MALABAR

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

CREO que si, por poder de Dios, hubiese tenido yo suficiente talento para decir las cosas que se me ocurrían á propósito de otras ciertas cosas, me hubiera expresado por el estilo, aunque no con la hermosura, por supuesto, que lo hace un tal *D. Antonio*, personaje de la última comedia del insigne Echegaray. Os juro, á fe de camarada, que en mi vida pensara que pudiese haber otro á quien se le ocurriera lo mismísimo que á mí. En fin, basta de gárrula charla y ved lo que dice el señor D. Antonio de mi alma:

«...(*Todos se ríen.*) (1)

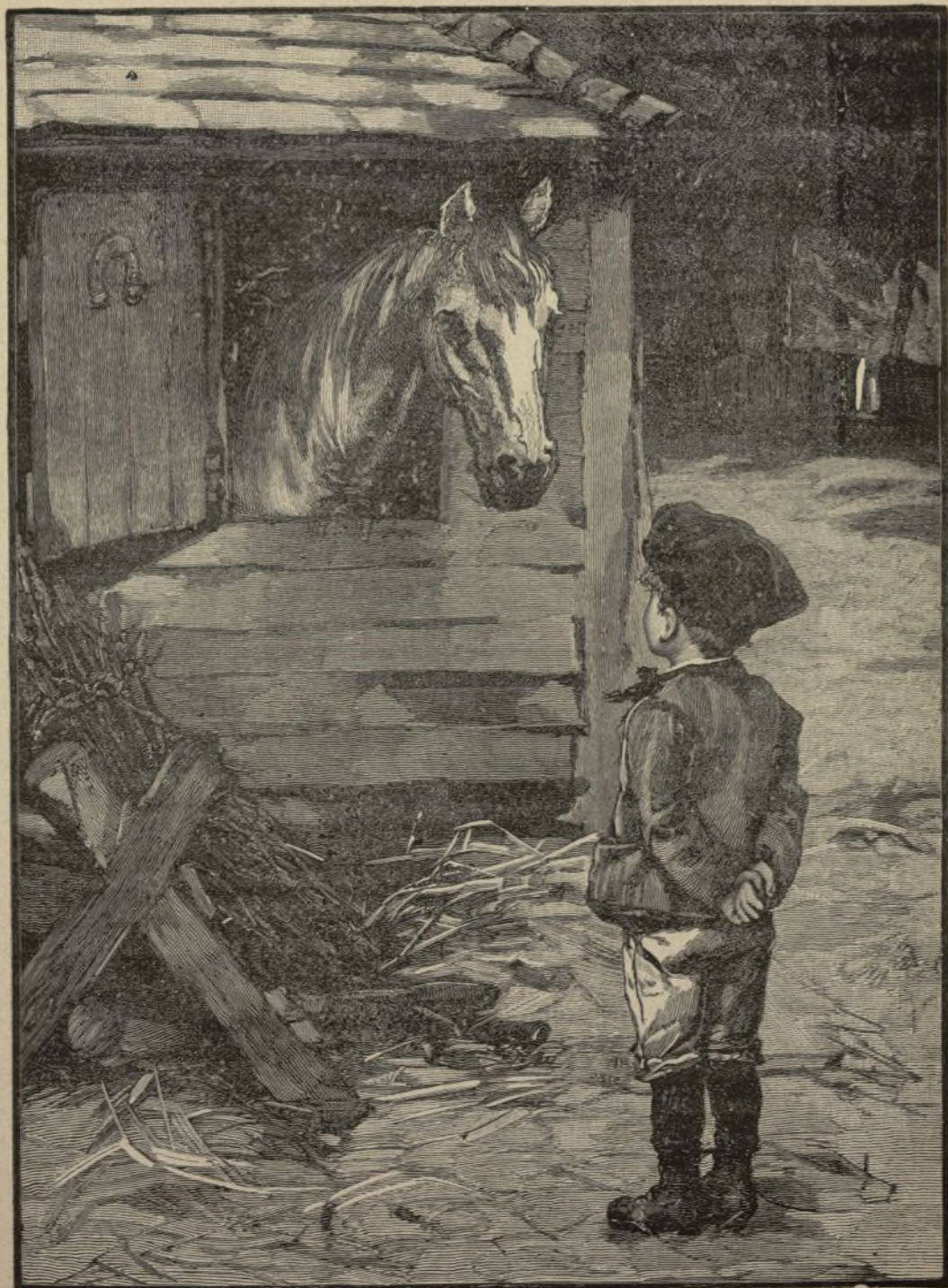
»D. ANTONIO.—Pues yo no me río. Es un mal sistema de V. y cierta crítica moderna ese sistema de ponerlo todo, lo bueno y lo malo, en solfa. No lo digo por la obra de Pepe: hablo en términos generales. De lo necio se ríen los hombres serios, es verdad; pero de lo serio sólo se ríen los necios: sépalo V. Buena es la risa en labios discretos, pero es irresistible cuando se apodera de un tonto. ¡Ah! ¡Qué síntoma tan funesto cuando un hombre ó una sociedad entera no sabe hacer otra cosa que reír! Es que se secó el cerebro y no sabe pensar; es que se arrugó el corazón y no tiene fuerza para mandar lágrimas á los ojos; es que faltan pasiones y el hogar de la locomotora humana no se enciende; es que se va acabando todo; y por este camino podría llegar un momento en que no quedase más que una manada de imbéciles dividida en dos bandos, una mitad frente á otra mitad, y riéndose los unos de los otros como idiotas que serían todos ellos.»

¿Qué os parece, amigos? Hay que meditar eso, aprendérselo de memoria y tenerlo por norma de criterio.

La verdad es que estamos de canallería, de porquería, de inmundicia hasta el cuello, sin necesidad de que entre en mayores explicaciones para demostrarlo.

¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta! España se halla *en decadencia*, en una decadencia fea, espantosa; pues hay decadencias que se señalan precisamente por lo hermosas y, si pudiera decirse, por lo afiligranadas, refinadas y quinteseniciadas. En el presente *momento histórico* la decadencia no es por exceso de civilización, sino por decrepitud senil, por atrofia, por desgastamiento. *¡Estamos perdidos,*

(1) De cierta frase chulesca, torera ó como se llame eso.



Un aficionado á caballos
Ayuntamiento de Madrid

camaradas! ;Si vosotros no salváis esto, dentro de cincuenta años nos van á conquistar los marroquíes y nos van á echar del concierto de las naciones civilizadas!

Ya no falta nada: de cada cien artistas noventa no producen sino adefesios; las más envidiables reputaciones son *bombásticas*, valiéndome de uno de los innumerables neologismos que la señora Pardo Bazán interpola entre sus *lapsa* de cajón; se da gato por liebre desde la tienda de ultramarinos á las piezas de teatro; reina el más horroroso embrollo en todas partes; no solamente hacemos el oso á los ojos de Europa cuando queremos meternos en camisa de once varas, sino que parece que nos empeñamos en que les hagan gracia á los demás nuestras patochadas.

Este pueblo está chocho, no puede resistir nada serio: «nos estamos riendo los unos de los otros como unos idiotas.» Todo anda por los suelos. Si se entabla una *polémica* (!!) entre dos notabilidades, vense transparentar unas miserias que ponen la piel de carne de gallina; la prensa se calla, puede que por incompetencia, ante cualquier obra seria, y dedica largas columnas á cualquier ñoñada ó mentecatería teatral; se emboba la gente con discursos que cualquier alumno de un gimnasio de Alemania tendría por vulgaridades; la reatería es tan grande que no parece sino que en lugar de correr por nuestras venas la noble sangre arya seamos unos chinos; la gente se estruja por ir á oír á los payasos; no se sabe una palabra de nada; nadie estudia; nadie se afana, se aplaude al primer atrevido que ahueca la voz y se hace pasar por hombre importante. La inteligencia española se atrofia, el carácter se borra hasta no reconocerse en nosotros á los descendientes de la gente del siglo xv, y todos nos reimos.

«¡Ah! ;Qué síntoma tan funesto cuando un hombre ó una sociedad entera no sabe hacer otra cosa que reír!»

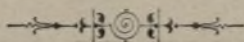
Pero no os asustéis: no sé qué empresario hace resucitar á los *Bufos* y podréis deleitaros viendo representar *El joven Telémaco*.

Entre eso y enteraros de lo que se discurre en las Cortes, no pensaréis en lo que sucede en Melilla, ni en Cuba, ni en Filipinas.

Que ya se encargarán otros de pensar.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LA PALMA

MAMÁ, ha de ser la más bonita.

—¡Ya lo creo! La mejor y más bonita que encuentre.

—Pero ¿estaré ya bueno el Domingo de Ramos?

—¡No has de estar! El médico dice que ya hoy podías levantarte; pero por precaución no he querido que lo hicieras.



En el parque

Este diálogo tenía lugar en casa de D.^a Teresa, la cual era viuda y había reconcentrado todo su cariño en su hijo Luisito, que á la sazón tenía ocho años.

Como puede figurarse, á este niño le satisfacía su mamá todos los deseos, y ¡cómo había de negarle una palma, deseo que el niño había manifestado tiempo atrás!

Pero el niño no la quería ordinaria, como esas altas, muy altas, que ostentan en los balcones de algunas casas particulares: la quería pequeñita, pero llena de rizos dorados y lazos de color de rosa. Había de tener un puño de oro para cogerla, y terminaría en un plumerito de vistosas plumas.

Pero todo esto no tendría lugar si no obedecía puntualmente las prescripciones de su médico, lo cual le costaba bastante, porque éste le había receta-

do una bebida muy amarga, que Luisito no hubiera bebido de buena gana á no haber sido por la esperanza de tener la palma más hermosa que jamás hubiera soñado.

Luisito no soñaba más que con su palma, y una de las veces soñó que los ángeles bajaban á ofrecerle una muy hermosa, y al hacer ademán de cogerla se destapó, sufriendo un retroceso en su enfermedad.

Al volver el médico dijo que no creía conveniente que Luisito saliera á la iglesia á por la palma apetecida.

Oir esto el niño y echarse á llorar, todo fué uno. Pero volvió á consolarse cuando su mamá le dijo:

—No, hijo de mi alma, no puedes ir; pero ya irá tu tía y te la comprará.

—La tía me la comprará de las ordinarias: has de ir tú misma por ella, porque sé que tú me traerás la más hermosa que haya.

—Bien: yo misma voy, nada más que por complacerte.

—¡Que sea bonita!

—¡Como la de un ángel!

—Pues te costará mucho dinero: ya puedes llenarte los bolsillos de cuartos.

Fuése la madre, y á la cabecera del lecho del niño quedó D.^a Úrsula, señora cincuentona, tía de Luisito y de completa confianza para D.^a Teresa.

Quedando ella ya sabía D.^a Teresa que su hijo estaría bien cuidado.

Podía, pues, ir tranquila y hasta alegre hacia la iglesia.

Muy justa le parecía á ella la petición de Luisito. ¡Las palmas son tan bellas!

Compró la que mejor le pareció, y estaba más rizada que alferez en día de gala, con más colgantes y colores que empavesado navío.

Después de comprada se dirigía á sí misma esta pregunta:

—¿Le gustará?

Pues á ella todo le parecía poco tratándose de su hijo, y hubiera querido para él la misma palma que llevaba el Señor el día que entró en Jerusalem.

D.^a Teresa llegó al templo, que, á decir verdad, estaba hermoso: brillaba como una gran gruta tallada en diamante, esparcía el incienso penetrantes aromas, el órgano dilataba el corazón con sus notas melodiosas, y la nave parecía un jardín, ó más bien un bosque de palmas.

Concluidas las bendiciones del ritual, el celebrante bendijo las palmas.

Todos alzaron sus ramos y D.^a Teresa alzóse de puntillas y estiró el brazo para que la bendición llegase á la palma de Luisito por encima de las otras.

Si no tomó un coche para volver á casa fué por temor á que la palma se le estropease al entrar por la portezuela.

Pero aceleró la marcha.

Al llegar á su casa vió á Luisito con la cabeza reclinada sobre la almohada y que ya no tenía ganas de moverse, y al ver la palma apetecida lanzó un grito de sorpresa, como era de esperar.

—¡Jesús! ¿Qué ha sido esto? ¡Está peor! ¡Por Dios, D.^a Úrsula, dígame V. qué ha pasado en mi ausencia!

—El médico ha venido al mismo tiempo que le repetía el ataque del otro día, y ha dicho que está muy delicado para poder resistir otro.

Apenas si pudo el niño tomar la palma de manos de su mamá, y poco á



El minino

poco fué deshojándola, desadornándola, volviéndola á su primera rusticidad.

D.^a Teresa mirábale atónita, pero al fin le dijo:

—¿Qué haces, hijo de mi alma?

Como no tenía fuerzas para hablar, colocó sus manecitas en la cabeza de su mamá, y le dijo al oído estas palabras:

—Quiero entrar en el cielo con una palma como la que he visto en los cuadros que llevan los ángeles.

Al poco rato le volvió el ataque á Luisito, y el niño de D.^a Teresa subía al cielo, dejando sólo lágrimas en los ojos de su madre y pena en su corazón.

Un recuerdo precioso le quedaba:

La palma.

MANUEL LUIS VICIOSO
Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid
FIEL GUARDIAN



EL PERRO DEL ESCUADRON

I

PERICO, cazador del onceno escuadrón, destacado en X., deliciosa ciudad del mediodía de Francia, era un muchacho de suyo poco madrugador, levantándose siempre á la hora reglamentaria; pero aquella mañana despertó mucho antes que sus camaradas y, atraído por lo agradable del tiempo, fué á dar un paseo por las afueras de la ciudad.

Iba el buen chico, según costumbre, triste y melancólico. La nostalgia del pueblo natal no le dejaba vivir en paz: cuanto miraba le recordaba su aldea, su casita blanca, la huerta de la casa nativa, y una infancia de lejanas perspectivas, pero de memoria inolvidable y feliz. Cuando más ahondaba en sus tristes reflexiones, la presencia de un joven labriego que llevaba tres pequeños perros en un cesto llamó su atención.

Saludáronse los dos hombres, y

—¿Dónde vas con estos perros?—preguntó el cazador á su desconocido.

—A echarlos al río,—contestó el labriego.

—¡Qué crueldad!—observó Perico, algo contrariado.

—¿Crueldad? Crueldad sería condenarlos á morir de hambre; pero matarlos de golpe y porrazo, no.

—¿Quieres cederme uno?

—Los tres si quieres.

—No: me basta con uno solo.

—Entonces, elige. Bien que feos, los pobrecillos lo son á cual más.

Perico examinó atentamente los canes á quienes suerte tan poco envidiable esperaba, quedándose con el más chiquito, que era el menos feo de los tres.

Dueño ya del perro, despidióse de su desconocido, echando á andar el uno hacia el río y el otro camino del cuartel, en cuyo pátio encontró á sus camaradas entregados á la limpieza de las monturas, tercerolas y demás.

Perico los saludó con grande alborozo, contándoles en seguida la aventura que le acababa de pasar.

—¿Un perro? ¡Valiente adquisición!—exclamaron algunos de sus camaradas.

—¿Qué piensas hacer con él?—preguntóle un amigo.

—Lo que yo pienso hacer ahora,—observó Perico algo desconcertado por la indiferente acogida de que acababa de ser objeto,—es proponeros la adopción de ese pobre animal.

Y, viendo que todos guardaban silencio, Perico continuó:

—Si acogéis favorablemente mi idea, le bautizaremos hoy mismo, encargándose luego cada uno de nosotros de darle su parte de instrucción. Uno le

enseñará el paso, otro la manera de llevar la tercerola, el más inteligente le enseñará el ejercicio; en fin, haremos de ese pobre animal, condenado á muerte pocos momentos há, un *perro sabio*, que puede ser, andando el tiempo, la honra del escuadrón.

—¡Aprobado! ¡Aprobado!—gritaron los chicos, rabiando ya para hacer del perro un perro excepcional.

La suerte del infeliz can quedaba, pues, favorablemente decidida.

Colocáronle cuidadosamente encima de una mesa, y, después de haberle frotado la cabeza y los hocicos con aguardiente, dieron en buscar un nombre á propósito para llamar en adelante al animal.

—Le llamaremos *Bretón*,—observó uno.

—No: *Tambor*,—contestó otro.

—Sería preferible llamarle *Napoleón*.

—Es un nombre muy largo: *Robespierre* sería mejor.

—*Robespierre* es casi un nombre subversivo.

—Entonces ¿cómo le vamos á llamar?

Guardaron los chicos unos instantes de silencio, al cabo de los cuales,

—Ya está resuelto el problema,—dijo el salvador del perro;—le llamaremos *Pistón*.

—¡Bien por *Pistón*!—gritaron todos, aplaudiendo unos y riendo los más.

Y como el nombre fué aceptado por todos los camaradas de Perico, desde aquel día llamóse al can *Pistón*.



Distracción

II

A medida que pasaban los días, *Pistón* iba demostrando excelentes condiciones, las cuales dejaban adivinar que pertenecía á la más inteligente raza canina. Su precocidad era asombrosa: cuanto le enseñaban ó veía, en seguida se

Ayuntamiento de Madrid

lo tenía aprendido. Al año de pertenecer al escuadrón hacía el ejercicio, montaba una tercerola, la disparaba con certera puntería, seguía las marchas, saltaba aros puestos á regular altura, y hacía cuanto le mandaban los soldados; porque lo prodigioso era que *Pistón* sólo obedecía á los soldados que le habían enseñado: viendo á un paisano, su inteligencia no se diferenciaba de la del perro más vagabundo y vulgar.

El veterinario del escuadrón, que en su calidad de decano cuidaba de la vigilancia de *Pistón*, adivinando el alcance de la inteligencia del perro, quiso ensayarle aplicándole á ejercicios más útiles. Al efecto adiestróle de suerte que un día pudiese ser considerado el perro como una legítima notabilidad.

Un día, acabado que hubieron de comer, departían amistosamente algunos soldados ponderando cada uno el mérito particular de que *Pistón* les era deudor.

El veterinario hizo un gesto por demás desdeñoso, y
—¡Sois unos majaderos!—exclamó.—¿Qué os ufana? ¿El haber enseñado á ese perro cuatro vulgaridades de mal gusto? Pues á fe que el triunfo tiene poco de meritorio. Yo sí que le he instruído bien. Si queréis juzgar por vosotros mismos, no tenéis más que seguirme y al instante vais á ver.

Los que tal oyeron no se hicieron repetir la invitación: acompañados del veterinario (Durand se llamaba) y precedidos de *Pistón*, se encaminaron hacia una de las cuadras del cuartel donde se guardaba el caballo de Durand.

Al encontrarse junto á la puerta,

—*Pistón*, abre la puerta,—exclamó Durand.

El perro obedeció.

Ya dentro de la cuadra,

—Cierra ahora,—dijo Durand.

La indicación no tuvo que repetirse: la puerta fué cerrada con precisión ordenancista.

—Ahora ve á dar los buenos días á *Solimán*, mi caballo.

Pistón saltó al pesebre del animal, lamiéndole la cabeza y prodigándole toda suerte de caricias perrunas.

Un grito de admiración partió de cuantos presenciaban aquella inesperada sorpresa, interrumpida por Durand, el cual, contento y satisfecho, apresuróse á decir:

—No entusiasmarse todavía. Ahora vais á ver cosas más sorprendentes y dignas de admiración.

Y, dirigiéndose al perro,

—*Pistón*,—exclamó;—acompaña á *Solimán* á abreviar.

El perro saltó de nuevo al pesebre, agarró con sus dientes el cabo de la sogá que sujetaba el caballo, deshizo el lazo, y, una vez suelto, sujetó entre sus dientes el extremo de la cuerda, bajóse en seguida, abrió con las patas delanteras la puerta y, sin soltar la sogá que sujetaba á *Solimán*, salió con éste, acompañándole, cual experto palafrenero, hasta el inmediato abrevadero.

Los soldados del escuadrón que habían amparado al inteligente can celebraron con grandes aclamaciones los adelantos del animal, al cual agasajaron con terroncitos de azúcar y otras golosinas, que engulló alegremente el inteligente can.



Triste viaje

Ante la evidencia de la ductilidad de la inteligencia del perro, ocurriéronse á algunos soldados inclinarle á fines menos inocentes, y al efecto lo adiestraron para robar gallinas y otros volátiles de las granjas vecinas. A las pocas lecciones *Pistón* era un consumado ladrón: no se pasaba noche sin que el atrevido can volviera al cuartel sin llevar un par de *víctimas*, que eran recibidas con grande algazara por los atolondrados *maestros* de *Pistón*.

Sin embargo, los hurtos repetidos del perro tanta alarma causaron entre la gente de las afueras que, á no haber partido oportunamente para Méjico

Ayuntamiento de Madrid

el escuadrón, el perro hubiera dado pronto cuenta de sus fechorías, pues más de un labriego alarmado se disponía á darle las buenas noches con la boca de un fusil.

(Se concluid)

TRINIDAD DE LA ROSA

NUESTROS GRABADOS

INDIANOS DEL MALABAR

Aquellas buenas gentes se divierten mucho con ejercicios de equilibrio, en cuyo género hacen verdaderos prodigios. Es muy digno de ser estudiado todo lo de la India, pues al fin y al cabo se trata de hermanitos nuestros (aunque no lo parezcan), de *aryas* (ó *arios*, ó *arianos*, *sicut velis*). Somos más parientes de los *indos* (ó *indios*, ó *indianos*, ó *hindúes*, *ad libitum*) que no de los judíos y de los árabes.

UN AFICIONADO Á CABALLOS

No parece sino que el caballo y el arrapiezo están hablando. Ha sido muy original la idea del pintor al representar esa graciosa escena, llena de expresión y de intención.

EN EL PARQUE

Nada más hermoso que un parque, así que se acerca la primavera. Parece que se ve cómo resucita la Naturaleza, y la gente acude allí á respirar el aire puro, y por los parterres, caminos, montecillos y plazoletas se ven grupos de juguetones niños, mientras que los papás y la gente que se hace vieja toma asiento en los bancos.

EL MININO

Bien le cuidan al gato esas señoras; pero de seguro que él se lo tendrá bien merecido. Aparte de eso, ya se sabe que los gatos tienen la suerte de inspirar mucho interés al bello sexo, mientras que los perros, por punto general, suelen ser preferidos por los hombres.

FIEL GUARDIÁN

Mientras el niño nada, el perro guarda la ropa, librándole así de tener que atender á ambas cosas á la vez, asunto difícil y no para todos. Por donde se ve la conveniencia de que le guarden á uno la ropa para que pueda nadar bien.

DE TIROS LARGOS

Es un decir, porque ambos van de tiros cortos; pero la frase no está mal empleada desde el momento en que es cuestión de calzar ceremoniosos guantes. Vese que esos niños son de lo más *high life*.

DISTRACCIÓN

Muy distraída está esa niña, pero lo mismo da: la principal cuestión está en la hermosura del dibujo, que es verdaderamente magistral.

TRISTE VIAJE

La infeliz familia ha abandonado sus inhospitalarios lares en busca de una existencia menos dolorosa; pero ¡cuán triste es el viaje! Todo parece anunciarles que va á empeorar todavía más su suerte. El artista se ha mostrado verdaderamente cruel presentando esa escena siniestra, acentuación de una miseria sombría, desesperada.

Ayuntamiento de Madrid

CUENTOS ESLAVOS

EL REY DE LAS AGUAS Y VASILISA

ALLÁ en los tiempos del rey que rabió érase que se era aficionado á la caza. Un día que, según costumbre, entregarse á su diversión favorita, vió un aguilucho en é iba ya á dispararle, cuando el ave le habló de esta manera:

—No me mates, rey mío: mejor será que me lleves á algún día te podré ser útil.

El rey reflexionó y repuso:

—¿De qué me puedes servir?

Y apuntó de nuevo su arma; pero el aguilucho le dijo por

—No tires, rey mío: mejor será que me lleves á tu palacio día te podré ser útil.

El rey volvió á reflexionar; pero no adivinando de qué poder el aguilucho, dispúsose á matarle.

—No tires, rey mío,—repuso por tercera vez el ave;—mejor si lleves á tu palacio y me des alimento durante tres años, pues algo serviré de algo.

Detúvose el rey al ver tanta insistencia, llevóse el aguilucho y alim durante dos años; pero comía tanto que llegó á devorar todo el ganado, el punto de que el rey no tenía ya ni una vaca ni un carnero. Entonces águila dijo:

—Ahora me puedes dejar libre.

El rey le permitió marchar; pero cuando el águila comenzó á probar sus alas, viendo que aun no podía volar bien, dijo al monarca:

—Me has alimentado dos años, rey mío, y ahora, quieras que no, será preciso que me mantengas un año más, aunque hayas de pedir prestado. Yo te aseguro que nada perderás con ello.

Hízolo así el rey: buscó ganado en otras partes, alimentó al águila un año más y después la soltó. El águila se elevó á inmensa altura, voló y voló, y bajando otra vez á tierra, dijo al monarca:

—Ahora, rey mío, siéntate en mi espalda y vamos á dar una vuelta.

Acomodóse el rey sobre el águila, y ésta, emprendiendo el vuelo, llegó pronto al mar azul. Entonces dejó caer en las aguas al rey, que se hundié hasta las rodillas. Fué el águila, le sacó fuera y preguntóle:

—¿Te has asustado, rey mío?

—Sí,—contestó el monarca;—temía ahogarme.

(1) De la colección de Ralston.

otra vez con el rey y condújole á otro mar, dejándole caer
s, donde se hundió también hasta la cintura. El águila
como la otra vez:

lo, rey mío?

l monarca;—pero pensé que tal vez Dios permitiría que

ndió otra vez el vuelo con su acompañante, y llegaron
donde el ave dejó caer al rey en un inmenso golfo, de
hasta el cuello; y por tercera vez el águila le preguntó:
do, rey mío?

ey;—más aún pensé que tal vez me salvarías.

io,—añadió al águila;—ahora ya has conocido lo que es el

, y lo que he hecho es en pago de una antigua cuenta. ¿Te

en que yo estaba en el árbol y en que intentabas matarme?

disparar; pero yo te dije que no tirases, pensando á mi vez

ionarías y me llevarías á tu palacio.

levando siempre al rey, condújole más allá de tres veces nueve

na de los aires voló mucho, mucho, y, deteniéndose por fin, dí-

mira lo que hay arriba y lo que hay abajo.

miró.

riba está el cielo,—contestó,—y abajo la tierra.

mira otra vez,—repuso el águila,—lo que hay á la derecha y á la iz-

na.

—A la derecha veo una extensa llanura y á la izquierda una casa.

—Pues vamos á dirigirnos á ella,—dijo el águila,—porque allí vive mi
hermana menor.

Cuando llegaron, la hermana salió á su encuentro y recibió cariñosamen-
te á su hermano, haciéndole sentar á una mesa de roble; pero no hizo caso
alguno del rey, dejóle fuera y hasta le azuzó unos perros. Enojada el águila,
saltó de la mesa, cogió al rey y emprendió otra vez el vuelo.

Después de haber recorrido una inmensa distancia, el águila dijo al rey:

—Mira en derredor y dime lo que descubres detrás de nosotros.

Volvió el rey la cabeza y respondió:

—Detrás de nosotros hay una casa roja.

—Esa es la morada de mi hermana menor, y si te parece roja es porque
está ardiendo, en castigo de haberte recibido mal, azuzándote sus perros.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 33, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid